

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena. Liberata Montells y Garcia. Mayor 21. Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA EPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Miércoles 11 de Julio.

El Eco de Cartagena

EL MONASTERIO DE PIEDRA EN ARAGON. LA GRUTA DE LOS MUERTOS.

LEYENDA. (1)

Mientras los monges estaban construyendo el monasterio de Piedra, tuvo lugar una furiosa avenida del río, que inundó los valles, y al retroceder las aguas, se vió que en algunos puntos habia abierto nuevos y profundos cauces. Los monges y los obreros empleados en los trabajos, obedeciendo á una curiosidad muy natural, salieron á recorrer las orillas, y expresaban su amargo duelo al contemplar varios objetos, bancos, camas, cunas, enclavadas entre gran les rocas y colosales troncos, la cual segura de los terribles estragos producidos por la incontrastable furia de las aguas, en los pueblos y caseríos situados desde la tierra de Molina hasta el monasterio.

Sabiendo por las mesetas de las cascadas un hermano converso y un monge, fijó este su atencion en una gruta que jamás habia sospechado que existiese, como que por encima de ella habia visto siempre saltar el río, y dijo á su compañero:

—Observe, hermano, qué gallarda aparece la entrada de esta nueva gruta, y qué gala de primorosas y delicadas labores la embellece. Pensar que para que podamos admirarla ha sido preciso este gran trastorno, cosa es que aflige y desconcieta. Si el río no hubiera cambiado de lecho, ¿cuándo ni cómo hubiéramos admirado tanta hermosura!

—Subamos, si es posible, dijo el converso: —cuidado, Padre, que está resbaladiza la roca.

Entró el lego, más ágil que el reverendo, y como si algo extraordinario le hubiese sorprendido, echóse atrás y exclamó:

—¡Dios mio, aquí hay dos cada veres!

—Serán dos víctimas de la inundacion. ¡Pobrecito! Dios los haya perdonado. Ayúdeme á subir, hermano.

Entró á su vez el monge, y convencióse al punto de su error, puesto que encontró dos esqueletos; pero ¡cosa singular! no estaban formados de huesos, sino de dura piedra un tanto amarillenta.

Divulgóse la noticia y acudieron á la gruta no solo todos los monges, sino mucha gente de los pueblos comarcanos. Quien decia que eran dos estatuas, y apoyaban su aserto en la insólita pesadumbre de los cadáveres; quien iba á entender que se habia obrado allí algun diabólico encantamiento; todas las opiniones hasta las más absurdas, encontraban quien las sustentase y quienes las aceptasen como buenas, sencillas y racionales. Iban á trasladar los esqueletos humanos ó estatuas, de la gruta de Ntra. Señ. de Piedra Vieja, cuando llegó un anacoreta octogenario, que vivia en una ermita haciendo penitencia, lejos del trato de los hombres, y se atribuyó el misterio, refiriendo una historia, que mejor ó peor contada, es en sustancia la siguiente:

Años atrás, [no se sabe cuantos] de la fundacion del monasterio de Piedra vivia en el castillo de Malavella un caballero llamado D. Arnaldo, que atesoraba las más nobles cualidades, con todos los defectos que parecian vinculados en la alta raza de los señores feudales. Era espléndido y liberal, valeroso hasta la temeridad, orgulloso y tenaz hasta el punto de que no habia esfuerzo humano capaz de disuadirle despues de tomada una resolucion.

Habíase casado con la hermana del castellano de Somed, con la cual habia vivido en paz y gracia de Dios muchos años sin anuncios siquiera de sucesion. Frisaba ya con los sesenta (aunque conservaba el vigor y energia de sus mejores tiempos) cuando le entró un ardiente deseo

de dejar un heredero directo de su nombre, y como su noble esposa no le habia otorgado (bien contra su voluntad por cierto) tan codiciada ventura resolvió repudiarla. ¡Era aquel, acaso, el verdadero motivo que impulsaba á D. Arnaldo? Creian algunos que si; mientras otros le atribuan solo el valor de un pretexto, que servia de disfraz á una violenta pasion, que habia inspirado en el sexagenario caballero una doncella, hija de uno de sus vasallos, la cual sin ser un dechado de hermosura, reunia todos los encantos de la seducción.

D. Arnaldo resolvió llevar adelante sus propósitos, sin que fueran parte á cambiar, ni aun á suspender su resolucion las lágrimas de su esposa, ni las prudentes amonestaciones de su segundo hermano, quien entre otras razones, le puso ante los ojos el escándalo que produciria entre los buenos la noticia de su divorcio, y añadió que no le impulsaba á hablar así el logro de una herencia, que espas y otras cosas daria gozoso, porque don Arnaldo desistiese de su empeño; además de que como clérigo que era, tenía en poca ó ninguna estima los bienes de este mundo, vanos por su naturaleza y perecederos.

—Es mi gusto, y déjese el clérigo de sermones, contestó D. Arnaldo, don Mencía no me ha dado sucesion.

—¿Y quien os responde de que la obengais en sus gomas nupcia? repuso el clérigo con viveza. Preciso es que no os oculte la verdad de lo que se dice. No falta quien asegure que una desordenada aficion os impulsa á alejar de vuestro lado á don Mencía.

La ira se pintó en el rostro de don Arnaldo.

—Supiera yo que alguno de mis vasallos lleva su proccidad hasta el extremo de querer penetrar mis intenciones, y no tardaria en verle colgado de las almenas del castillo. Por lo que á vos se refiere, cuanto más estrechamente puedo, os luego y os mando que dejéis lo que no os importa. Leed enhorabuena

na en vuestro breviario, y guardad vuestras homilias para mejor ocasion.

No hubo forma ni medio de evitar la gran desgracia.

La fiel esposa partió del castillo de Malavella con los ojos enjutos, no se sabe si porque se le habian secado las fuentes de las lágrimas ó porque en aquel supremo instante su orgullo herido se sobrepuso á su dolor, y con ella fueron el buen clérigo, que no quiso autorizar con su presencia los locos delirios del señor su hermano, y la nodriza de don Mencía, de repita anciana, que al salir del castillo pronunció extrañas frases, que entendiéron las servidoras de D. Arnaldo como una maldicion contra este, por el ruin tratamiento que habia inferido á la que amaba como si fuese hija de sus entrañas.

Manuel Marco.

(Se continuará.)

Misceláneas.

RUSIA.

Rusia es una nacion de abuelos.

Su ciudades son cascos y su influencias civilizadoras de gran cuantia.

El ruso del Norte vive errante entre sus desierto de hielo, sin una aldea de la nacion á que esté sujeto.

Háblarle al japonés y al samodeyo de Moscow ó San Petersburgo, es hablarle un idioma que apenas sabe.

El japonés ruso lleva su tienda, sus renos y su familia á donde quiera que va, y aquello es su patria.

Si tiene alguna idea de ella, la tiene por los puertos de Arkangel y el Onega.

Cuando se acerca á estos puntos, es cuando verdaderamente es súbdito del czar.

En la parte mas meridional de la Laponia rusa se van ya levantando algunas aldeas.

[1] Copiada de la obra de Leandro Fornet.